

12436

Oct 31/70

# EL COLLAR DE ESMERALDAS,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

(IMITACION FRANCESA)

por

**DON JACINTO ARANÁZ.**

MADRID.

EL TEATRO Y ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

OPICINAS: PEZ, 40, 2.º

1870.

EL COLLAR DE ESMERALDAS

UNO DE LOS TÍTULOS DE LA SERIE

(SERIE DE TÍTULOS)

DOM INGENIERO ARNALD

MADRID

EN VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTADOS

DE ESPAÑA, EN LA PLAZA DE SAN JUAN, 11

1870

OBRA DEL MISMO AUTOR

EL COLLAR DE ESMERALDAS...  
 LA ALFONSO DEL REINO...  
 LA ALFONSO DEL REINO...  
 LA ALFONSO DEL REINO...  
 LA ALFONSO DEL REINO...

OBRA NO DRAMÁTICA

EL COLLAR DE ESMERALDAS.

*Toro Rodriguez*  


## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

---

- FLORES Y ESPINAS..... Drama en tres actos (prosa).  
EN NOCHE DE CARNAVAL..... Pieza en un acto (prosa).  
LA AURORA DEL NUEVO SOL.<sup>1</sup> Drama bíblico-pastoril en 4 actos (verso).  
UN MÁRTIR DE LA REPÚBLICA. Loa, un acto (verso).  
EL COLLAR DE ESMERALDAS.. Drama en tres actos (verso).

## OBRAS NO DRAMÁTICAS.

---

- PENSIL DE FLORA..... Coleccion de poesias.

---

<sup>1</sup> En colaboración con D. José Bernat y Baldovi, y la música del maestro valenciano D. José Vidal.

95-6

# EL COLLAR DE ESMERALDAS,

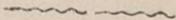
DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

(IMITACION FRANCESA)

POR

**DON JACINTO ARANÁZ.**

Representado con extraordinario aplauso en el Teatro de Lope de Rueda, el 11 de Agosto de 1870, y demas noches subsiguientes.



MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1870.

PERSONAJES.

ACTORES.

MATILDE.....	DOÑA FRANCISCA CARBONELL.
JULIA.....	DOÑA PILAR GARCIA.
RICARDO.....	DON RAFAEL FARRO.
DON ANSELMO.....	DON FRANCISCO RODRIGUEZ.
ROMAN.....	DON JULIO FUENTES.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Liricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LA

SRA. D.<sup>A</sup> ANTONIA DE SAN VICENTE Y DE FABRÁT,

Y Á SU ESPOSO

EL SEÑOR DON LINO FABRÁT Y RESPAU,

CAPITAN GRADUADO, SUB-AYUDANTE DE LA BENEMÉRITA GUARDIA  
CIVIL.

En prueba de consideracion y respeto á la primera,  
y de afecto cariñoso al segundo, les ofreee este humilde  
recuerdo

*El autor.*

A BA

SRA. D. ANTONIA DE SAN VICENTE Y DE RABAT

y a su esposo

EL SEÑOR DON LUIS RABAT Y RABAT

COSETER GENERAL, SUB-ALFARDE DE LA UNIVERSIDAD DE GANNA  
CIVIL

En prueba de consideracion y respeto a la familia  
y de afecto continuo al segundo de estos señores  
recuerdo

---

---

## ACTO PRIMERO.

Decoracion cerrada: puertas laterales y en el foro; á la derecha un balcon; muebles decentes pero sin lujo; alfombra; dos veladores; en el de la derecha, libros, periódicos, etc.; en el de la izquierda un tamborcito con bordado, *necessary*, etc., etc.

### ESCENA PRIMERA.

RICARDO, con un libro en la mano está sentado junto al velador de la derecha. JULIA, bordando junto al de la izquierda.

RIC. ¡Oh... no vendrá, estoy seguro!...

¡La impaciencia me devora!...

JULIA. Matilde salió hace poco,  
y alguna causa imperiosa

la obligará á detenerse  
fuera de casa á estas horas.

No debe tardar.

RIC. Bien... basta!

Si tarda ó no... ¿qué te importa?

JULIA. Yo, Ricardo, lo decia...

porque como á mí me consta...

RIC. He dicho que basta, Julia!

JULIA. (Hoy le ha picado la mosca.) (Pausa.)

Si permite tu disgusto  
que pueda hablar de otra cosa,

- te haré una pregunta.
- RIC. Pláceme  
si no es tocante á mi esposa.
- JULIA. ¿Es cierto lo que me ha dicho  
tu compañero Mendoza?
- RIC. ¿Qué te ha contado ese imbécil?
- JULIA. Que el motivo que ocasiona  
(Con cierto temor.)  
tu reciente cesantía,  
obedece á cierta nota  
de empleado, que por el juego  
su obligacion abandona.
- RIC. Dí á Roman, que en sus asuntos  
se mezcle si le acomoda,  
pero que tenga cuidado  
al tratarse de mi honra,  
porque á su ultraje podria  
contestarle... una pistola.
- JULIA. ¿Conque es verdad?... ¡Bien, Ricardo!
- RIC. ¿Tambien tú?... (Levantándose.)
- JULIA. Si te incomoda  
que la adversidad lamente  
que á padecer nos arroja...
- RIC. Lo que quiero es que se acaben  
escenas tan enojosas  
que el espiritu molestan,  
y nuevos males provocan.  
La situacion de mi casa  
de dia en dia empeora,  
y há tiempo que en su horizonte  
brilla una luz misteriosa.
- JULIA. ¿Qué quieres decir?
- RIC. Que acaso  
soy del mundo escarnio y mofa,  
y... que estas dudas me ofenden,  
y... la existencia me estorba.
- JULIA. Explicate.
- RIC. No es preciso.
- JULIA. Sí lo es.
- RIC. Pues no me acomoda.
- JULIA. Es que envuelven tus palabras  
injurias acusadoras,

- y aquí... no hay nadie, Ricardo,  
que á tu censura se exponga.
- RIC. Basta, Julia; si te callas  
podrás salir gananciosa,  
pues de otro modo...
- JULIA. (Levantándose) Ricardo!...  
Tu amenaza me abochorna,  
y es un alarde por cierto  
que me irrita aunque me asombra.  
(¡Ah!... Matilde!)
- MAT. (¿Aquí Ricardo?)
- RIC. (¡Y aún mi corazón la adora!)

## ESCENA II.

RICARDO, MATILDE, JULIA.

- RIC. ¿Segun parece has salido  
mientras yo no estaba en casa?
- MAT. Es verdad... salí... tenía...
- JULIA. Tenia que hacer. (Rápidamente.)
- RIC. ¡No hablaba  
contigo! ¿De dónde vienes?...
- MAT. Yo te diré... vengo...
- RIC. Acaba.
- JULIA. De llevar nuestros bordados  
á la tienda.
- RIC. Es cosa rara!...  
Pregunto á Matilde, y Julia  
por responderme se afana!
- MAT. Yo te explicaré, Ricardo...
- RIC. Será tarea excusada.  
No hay nada que justifique  
esa reticencia extraña.
- MAT. Ya sabes que una ó dos veces  
llevo todas las semanas  
á Madame Plombiers el fruto  
de mis constantes veladas.  
Pues bien, con ese motivo  
he salido esta mañana  
para entregar las labores  
cuyo importe hace gran falta,

por ser nuestro único medio de subsistencia. La causa de hallarme fuera á estas horas con eso dejo explicada.

RIC. ¿Y para ello solamente empleas dos horas largas?...

JULIA. Cuando hay que esperar...

RIC. Silencio!...

Ya te dije que no hablaba contigo.

MAT. Si habia otras que el mismo objeto llevaban y estaban ántes que yo.

RIC. ¿Por eso estás agitada?...

MAT. Como la calle del Cármen está á bastante distancia...

RIC. Es cierto. Por eso vienes cubierta de polvo?...

JULIA. (Como encontrando un recurso para disculpar á Matilde.)

Gracias

al municipio no cesan los derribos de las casas en el centro de Madrid.

¡Son tantas las obras... tantas!...

RIC. Muy bien!... Por demas comprendo que mis esfuerzos no alcanzan á descubrir el misterio

que envuelven vuestras palabras.

Cuando se hallan dos mujeres contra un marido asociadas, no es fácil que éste adivine lo que ellas astutas callan.

MAT. Tienes razon. El cariño de Julia, mi buena hermana, se asocia á aliviar las penas conque mi pecho batalla.

Sus amorosos consuelos vienen á endulzar las lágrimas

que sin poder evitarlo tristes mis ojos derraman.

Una asociacion perpétua

tenemos las dos formada,  
á fin de ganar recursos  
que para vivir nos faltan.  
Trabajando sin descanso  
al resplandor de la lámpara,  
ganamos honradamente  
el pan de nuestra desgracia.  
La pobre Julia de día  
sigue la obra comenzada,  
y yo... Ricardo... tu esposa...  
sufriendo su suerte infausta,  
sin tener de ello costumbre  
se convierte en la criada!...  
¡Qué más... que más hacer pueden  
una esposa y una hermana  
que sacrificarse juntas  
para sostener la casa?...  
Si nuestra desdicha es poca  
y sabes cómo aumentarla,  
dilo, Ricardo, que á todo  
nos hallamos resignadas.

RIC. Ya que esta vida os abrumba  
podeis por otra trocarla;  
pero permitir no quiero  
que mi mujer me eche en cara...

JULIA. Si los deberes de esposo  
cumplidamente llenaras,  
ni quejas escucharías  
ni habría por qué contarlas.

RIC. Por vida de...

MAT. Calla, Julia!

JULIA. No quiero callar.

MAT. Hermana...

JULIA. ¿Qué más haría un extraño  
que tratarnos como esclavas?...

RIC. Advierte, que estoy sufriendo  
lo que sufrir no pensaba,  
y que tendréis un disgusto  
si mis enojos estallan.

JULIA. Eso, Ricardo, es muy digno  
de tí. Con tus amenazas  
pretendes á cada instante

- ponernos una morzada.
- MAT. Por piedad, hermana mía!
- JULIA. No, déjame... sufre y calla tú, que de ser su esposa tienes al fin la desgracia.
- MAT. Pero... puede que Ricardo...
- JULIA. Ricardo? disculpa vana. Si fuese yo su mujer bien sé lo que haría.
- Ric. Basta!
- Halagador espectáculo se representa en mi casa, y excelente consejera tiene Matilde en mi hermana!... Yo terminaré muy pronto de estos efectos la causa, haciendo cambiar de aspecto nuestra conyugal morada.
- MAT. Escucha, Ricardo...
- Ric. Déjame.
- MAT. Pero, dí...
- Ric. Ni una palabra. (Váse por el foro.)

### ESCENA III.

MATILDE, JULIA.

- MAT. ¿Qué has hecho, Julia, ¿no piensas que de este modo acibaras aun mucho más los tormentos que el infortunio me guarda?
- JULIA. No digas eso, Matilde, que mi corazón traspasa.
- MAT. Yo bien sé que participas de mi suerte...
- JULIA. ¡Calla... calla!
- MAT. Yo no quiero que padezcas. Tu ser, cuya vida esmaltan del proceloso Océano las rugidoras oleadas, debe aspirar el ambiente que los pensiles exhalan.

Trueca, Julia, la existencia  
que á tu juventud agravia,  
por otra más lisonjera  
de bullidores fantasmas.  
Tan sólo, tristeza y llanto  
se respira en estas salas,  
y es bueno que yo recoja  
de los mártires la palma.  
De mi existencia el calvario  
regando iré con mis lágrimas,  
sin que empañar pueda mi hálito  
el brillo de tus miradas.  
Yo no quiero, Julia mía,  
que la conducta insensata  
de mi esposo, nuevos males  
pueda ocasionar mañana.

Yo no quiero por más tiempo  
que padezcas por mi causa.

Tú mereces ser dichosa...

y tú debes serlo, hermana!

JULIA. Yo estoy contenta á tu lado,  
y en ello tus penas ganan.  
Ademas, que es necesario  
poner á esas penas tasa,  
y yo seguiré cual siempre  
procurando mitigarlas.

MAT. Eres muy buena!

JULIA. No tanto  
como quisiera. ¡Qué rapidas  
cuando me encuentro á tu lado  
las horas del día pasan!  
Ponte contenta, Matilde!...  
¡Fuera el pesar!...

MAT. ¡Ay hermana!

Con gusto soportaria  
de mi adversidad la saña,  
si ese rebelde carácter  
de mi marido...

JULIA. ¡No acabas  
nunca de pensar en ello!

MAT. ¡Cómo no, Julia, si abarca  
tanta fiebre el pensamiento

- JULIA. como la que abraza el alma?  
¡Qué diferencia, hija mía,  
de cuando os casásteis! Vaya,  
si tú pudiste haber hecho  
mejor enlace!
- MAT. Bastaba  
que Ricardo en aquel tiempo  
con su amor mi amor pagara.
- JULIA. Es verdad, mas la fortuna  
del baron de Casa-Blanca  
te daba clase.
- MAT. Y ¿qué importa  
si el baron no me agradaba?  
Jamás he sido ambiciosa  
ni he pretendido ser nada:  
no he soñado en pergaminos,  
ni en bailes, *soirées*... ni farsas.  
No he pensado en más placeres  
ni he pretendido más galas,  
que las que puede adquirirse  
la mujer buena y honrada.  
Ricardo... amor me ofrecia;  
el baron... oro en sus arcas:  
yo desprecié las riquezas  
prefiriendo al que me amaba.
- JULIA. Es que entónces era un jóven  
de reputacion sin tacha.  
Tu buen tio don Anselmo  
que no se anda por las ramas,  
acudió al ministro, y pudo  
colocarlo en Estancadas.
- MAT. Pobre señor!
- JULIA. Muchas veces  
me ha despertado la gana  
de escribirle, y de contarle  
la mala vida que pasas.
- MAT. Guárdate de hacerlo, Julia.  
Eso no es más que una ráfaga  
que pasará muy en breve,  
porque tu hermano me ama.
- JULIA. Y la prueba es que ha salido  
sin hablarte una palabra,

MAT. hoy, que era precisamente...  
JULIA. ¿Qué quieres decir?... Acaba.  
Digo, que hoy hace dos años  
que os casasteis. Digo...

MAT. ¡Calla...  
pues es verdad!...

JULIA. Disimulas  
para disculparle. ¡Cuánta  
diferencia de este año  
al año pasado! Plácida,  
la hija de la jardinera  
que tiene su puesto en Santa  
Cruz, trajo á casa un ramo  
que Ricardo te mandaba.

MAT. Sí... me acuerdo bien.

JULIA. Y á poco  
vino él muy contento á casa,  
y despues de mil rodeos  
te dió una sorpresa grata.

MAT. ¿Qué dices?...

JULIA. ¿No lo recuerdas?

MAT. Trajo el collar de esmeraldas...  
JULIA. (¡Dios mio!)

No es decir eso  
que hoy tambien te regalara,  
porque anda escaso el dinero;  
pero el ramo... ó unas adalias...  
ó cualquier cosa. Tú lloras.

MAT. No, Julia.

JULIA. En vano te afanas

por disi nular. Tú lloras...

¡lloras... y yo soy la causa!

Perdona mi ligereza...

Vamos... ¡Si soy una ingrata!

MAT. No digas eso, tontuela!

JULIA. Si yo no lloro!

Pues vaya,  
castígame con un beso.

MAT. Tómale, Julia.

JULIA. Mil gracias.

Ahora, á seguir mi bordado  
para entregarlo mañana,

MAT. Es complicado el dibujo.  
JULIA. Y todo al realce. (Suena una campanilla.)  
MAT. Llamen?  
(Va á sentarse á la derecha.)  
JULIA. Será... Amadís... mi Abelardo.  
MAT. ¿Cómo?  
JULIA. El Chactas de esta Atala.

#### ESCENA IV.

DICHAS y ROMAN, con un ramo.

ROMAN. ¿Dan ustedes su permiso?  
JULIA. ¡Hola!... adelante, Mendoza!  
ROMAN. Entro en este paraíso,  
porque hoy la fortuna quiso  
conducirme en su carroza.  
JULIA. Galante está la mañana.  
ROMAN. No hay quien de osado me tilde.  
JULIA. Salutación tan... galana...  
se dirigirá... á mi hermana.  
ROMAN. Usted lo ha dicho; á Matilde.  
Un amigo se acordó  
que hoy cumple el año segundo  
de su boda, y traigo yo  
flores que á usted destinó  
con un respeto profundo.  
MAT. Recuerdo que conmemora  
la fortuna de mi enlace,  
debe complacerme ahora.  
¿No opina usted...  
ROMAN. Sí señora;  
á mí también me complace.  
MAT. Mas con impaciencia aguardo,  
puesto que no es un secreto,  
(Julia se levanta y se acerca á Roman.)  
el nombre de ese gallardo  
sujeto.  
ROMAN. Pues fué...  
JULIA. (Ricardo!)  
ROMAN. (Que no es Ricardo el sujeto.)  
JULIA. (Dígalo así.)

- ROMAN. (Es fuerte *cosa*  
que mienta yo en esta *casa*  
cuando el deseo me *acosa*...)
- JULIA. (No hay más, su futura esposa  
por otra *cosa no pasa*.)
- MAT. Me causará gran placer,  
y así de usted lo reclamo  
en calidad de mujer,  
que me haga pronto saber  
la procedencia del ramo.
- JULIA. (Hable, que Julia se *empeña*.)
- ROMAN. (Si miente, Roman se *empeña*.)
- JULIA. No mintiendo... se *despeña*.)
- ROMAN. (Para jugar á la *greña*...  
no tiene usted mala... *maña*.)  
Pues bien, no quiero pecar  
de torpe, moroso, ó tardo.  
Sin intencion de faltar,  
me he atrevido á presentar  
estas flores...
- JULIA. De Ricardo.
- (Rápidamente.)
- MAT. De Ricardo?...
- JULIA. Si.
- ROMAN. (¡Qué apuro!  
de cólera estoy que bramo!)
- MAT. Será cierto?
- ROMAN. Yo... aseguro...
- MAT. Soy feliz!
- JULIA. (Muy bien!...)
- ROMAN. Yo juro...  
que este ramo... es... solo... un ramo!  
(Al decir «es... solo...» Julia le dá un pellizco.)
- MAT. Magnífico es, en verdad!  
(Tomando el ramo.)  
Y yo, insensata, creía  
que agotada su piedad,  
solo con dura crueldad  
á mi amor... respondería!  
¡Qué loca... qué loca fuí!...  
El gozo que siente el pecho  
por su ardiente frenesí,

quiere en pedazos aquí  
ver mi corazón deshecho!  
Y tú, hermana, que há un momento

(Pasa á ocupar el centro.)

su conducta censurabas  
penosa de mi tormento,  
mira mi doble contento,  
y vé cuán mal le juzgabas!  
Nuestra pena es transitoria:  
y piensa que á más de ser  
su escasez harto notoria,  
manda hoy Ricardo en memoria  
un regalo á su mujer.

Su mal estar... su disgusto,  
serán tal vez, no te asombre,  
debilidades del hombre  
que no puede como es justo  
dar otro brillo á su nombre.  
Pero hace mal: yo no aspiro  
á otra seda ni á otro armiño  
en mi modesto retiro,  
que al de escuchar un suspiro  
de su latiente cariño.

La antorcha de luz divina  
que del Señor toma esencia,  
al bien por fin me encamina:

Yo su llama peregrina  
recogeré como herencia;  
pues ya no hay dicha mayor  
ni existe mejor ventura,  
que haber recobrado en flor  
de un muerto y perdido amor  
la inexplicable dulzura.

Llanto vierto de alegría  
pensando en tantos favores  
como el destino me envía!...  
Adios... Roman!... Julia mía...  
voy á cuidar de estas flores.

(Desaparece por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA V.

JULIA y ROMAN, despues de una pausa. <sup>1</sup>

- ROMAN. Variando un poco la fórmula que se practica en su cátedra, deseo hacer el análisis de lo que pasando está. Pues siempre usando la sátira de su lenguaje hiperbólico, quiere que mienta sin limite yendo de aquí para allá.
- JULIA. Pero...
- ROMAN. No quiero ser cómplice de esos sus labios pulguérrimos, que engañan con sus opúsculos de Matilde el corazon.
- JULIA. Es usted un Sardanápalo!
- ROMAN. ¡Julia!
- JULIA. Y un mándria, y un cócora!
- ROMAN. Como la chupa de un dómine me pone usted sin razon.
- JULIA. Es usted... muy pusilánime!
- ROMAN. No quiero abrirle una fistula.
- JULIA. No le pondré yo mal cáustico si me descubre. Yo haré...
- ROMAN. Julia!...
- JULIA. Pues si eso es de célibe... ¿qué será usted en casándose?
- ROMAN. Seré un cordero mansísimo que en nada me meteré.
- JULIA. Hablará usted en metáfora (Casi ofendida.) sin que esto sea un epígrama.
- ROMAN. Mi lenguaje es hipotético.
- JULIA. Pues no me agrada: es atróz.
- ROMAN. Buscaré frases más gráficas.
- JULIA. Sin aparecer selvático.

---

1 Intencion picante en los esdrújulos que lo exijan.

:

ROMAN. Pues haré punto mayúsculo. (Resuelto.)

JULIA. Será la segunda coz.

ROMAN. Por la piadosa Verónica...

JULIA. ¡Vaya un *futuro*... pacífico!

ROMAN. Pues si llevo á ser... *pretérito*  
le agrada mi bondad.

JULIA. Bonito ejemplo daríamos  
si hubiera que usar el látigo!  
El hombre... ha de ser... fosfórico!

ROMAN. Pues yo lo soy.

JULIA. No es verdad.

Usted no es más que un mandrágoras.

ROMAN. Dobleemos este capítulo,  
y pasemos á otro párrafo  
que interesa.

JULIA. Me es igual.

Pues mientras sea usted un bóbilis,  
trémulo, tímido y rémora,  
solo me inspirará lástima.

ROMAN. Pues me pondrá usted un dogal.

JULIA. Un dogal?... ¡vaya una péndola  
de oscilaciones ridículas!  
Mejor sería el arsénico.

ROMAN. Ó el rewólver...

JULIA. Ó el cañon!

Y si eso no basta, súbase  
por las más altas atmósferas  
en un buen globo aereostático,  
y desde allí... cataplóoom!

ROMAN. Es usted inhumana; máxime  
cuando hasta inventa un patíbulo  
que no conocen los códigos.

JULIA. Pues por eso lo inventé.

ROMAN. Dejemos lenguajes fúnebres,  
y hablemos de algo más válido.

JULIA. Pues no me taladre el tímpano  
con propósitos de fe!

ROMAN. No, que son noticias prósperas  
acerca de nuestro intríngulis.

JULIA. Corriente, pues laconicelas  
y vamos á su interés.

ROMAN. Ayer recibí una epístola

de mi tía doña Bárbara,  
que vive en su quinta, próxima  
al viejo Calatayud,  
donde en unión de su fámula  
se ocupa en regar los fréjoles,  
conservando así magnífica  
su quebrantada salud.

JULIA. Bueno... y ¿qué dice... el autógrafo?

ROMAN. Como yo en carta extensísima  
la pedía el beneplácito  
para casar con usted,  
se hace cargo de mis súplicas;  
dice que á su muerte herédola:  
me manda un pavo gordísimo,  
y me otorga la merced.

JULIA. Pero... ¿de qué está usted hablándome?

ROMAN. Del matrimonial artículo.  
¿No me dijo usted...

JULIA. ¿Qué cándido!

ROMAN. ¿No me dijo usted...

JULIA. Sí tal.

Pero fué solo una... ráfaga  
que se perdió en el crepúsculo,  
al aparecer espléndido  
en su carro matinal.

ROMAN. Pero usted destroza, perdida,  
mis ilusiones bellisimas!...  
Usted mata por telégrafo  
mi volcánica pasión!

JULIA. Y usted, cual nuevo Eliogábalo  
aunque de distinto género,  
recibe un pavo de Bárbara  
para ultimar la cuestión.

ROMAN. Julia, no agite la válvula  
de mi inteligencia crédula!

JULIA. ¿Es usted alguna... máquina?

ROMAN. No señora... un maniquí!  
Peso si sigue la atmósfera  
que en esta casa respirase,  
seré muy pronto un Calígula...  
ó un Tiberio...

JULIA. Ó un jabalí!...

- ROMAN. Créalo usted!
- JULIA. Soy incrédula  
de las masculinas pláticas.
- ROMAN. Julia!...
- JULIA. ¡Si dicen la antítesis  
de lo que sintiendo están!  
Son los hombres muy lunáticos!
- ROMAN. Y ustedes traidoras víboras  
que nos dan píldoras pésimas  
de arsénico y alquitran.
- JULIA. Mire usted las que su cólega  
don Ricardo da á su víctima!  
esas son... de ácido prúsico!  
¡Libertino!...
- ROMAN. Es que tal vez  
alguna pena recóndita  
de su juventud apéndice...  
Él tuvo...
- JULIA. Amores ilícitos.
- ROMAN. Eso será una sandez.
- JULIA. No, Julia, que ántes del vínculo  
visitaba á cierta prógima.  
Y aun se decia de público  
si Ricardo... qué sé yo!...
- ROMAN. El caso es que á poco el pérfido  
inventó un pretexto frívolo,  
y en la miseria dejándola  
con Matilde se casó.
- JULIA. Bueno. Don Roman, complázcame,  
y vaya al café del Príncipe.  
Allí va Ricardo, búsquelo  
y haga porque venga aquí.
- ROMAN. Y... ¿me dará usted la... cédula...  
que al casar piden los... párrocos?...  
Dígamelo... y seré un águila  
para volar.
- JULIA. Tal vez sí.
- ROMAN. ¡Oh fortuna!
- JULIA. Corra y vuélvase  
si no lo encuentra por último.  
Dará usted otro paso.
- ROMAN. ¡Cáscaras!...

- Y ese paso...
- JULIA. Eche á correr!  
Vaya en busca de ese exótico  
verdugo que tiene el vértigo.
- ROMAN. Ni el paso de las Thermópilas  
tendrá con este que ver.  
Al truqui-flor ó á la béciga  
jugamos segun las réplicas.
- JULIA. Aunque parezca ridícula  
quiero intentar un albur.
- ROMAN. Yo juego...
- JULIA. La dicha.
- ROM. Cáspita!  
Pues quiero. (Gozoso.)
- JULIA. (Presentándole la mano.) Tema la pérdida.
- ROMAN. Yo envido. (Tomándola.)
- JULIA. Pues...
- ROMAN. (Besándola.) Truco... y órdago.
- JULIA. Usted ganó.
- ROM. Pues abur.  
(Saliendo por el foro precipitadamente.)

## ESCENA VI.

JULIA, sola.

¡Qué bueno... qué complaciente!  
de júbilo el pobre salta.  
Pero le adorna la falta  
de ser un poco inocente.  
Cual tímida mariposa  
detuvo el vuelo fugaz,  
perdiendo la dulce paz  
en manos de quien la acosa.  
Y á mí me halaga ese amor  
que tan rendido me ofrece,  
pues cuanto más dura... crece  
con nuevo y latiente ardor.  
¡Pobre Roman!... Si has pensado  
que porque te hago rabiar  
quiero tu ilusion matar,  
el corazon te ha engañado.

Te quiero. . . y te quiero bien  
como á la luz quiere el dia;  
pero... me dió la manía  
de tratarte con desden,  
Ya se sabe que en el mundo  
quien más pone... pierde más.  
Si en pos de cariño vas...  
yo te daré amor profundo.  
Pero te quiero hacer ver  
que el tuyo no me interesa,  
porque así... es mejor la presa  
y más constante el querer.

### ESCENA VII.

JULIA y MATILDE, por la segunda puerta izquierda.

Queda colocado el ramo  
en un jarro de cristal.  
Ya verás, Julia, qué hermoso  
con el agua se pondrá.  
Son flores muy delicadas!  
No me canso de pensar  
en que al fin se restablece  
mi ansiada felicidad.  
¿Y Roman?...

JULIA. (Algo turbada.) Ahora ha salido,  
pero pronto volverá.  
Se marchó sin despedirse  
de su costumbre á pesar,  
porque fué á ver si encontraba  
á tu esposo. Y en verdad  
que tu presencia, Matilde,  
estaria aquí de más  
si acertara á presentarse.

MAT. La ocurrencia es singular!  
¿Pretendes acaso echarme?  
¿Será un delito...

JULIA. No tal.  
Pero tengo, hermana mia,  
cuentas pendientes que están  
para ultimarse muy pronto

- con Ricardo.
- MAT. Y por azar...  
serán secretas?
- JULIA. Matilde...
- MAT. Si no es así, por qué estás  
conmigo tan exigente?  
Callas? . . . ¿Serías capaz  
de permitir que me fuese  
cuando mi felicidad  
es tanta que ya deseo  
verle por la puerta entrar?
- JULIA. (Y mi hermano que no sabe  
nada del fingido plan  
que me propuse!...)
- MAT. Te turbas!  
Qué pasa?... Dime...
- JULIA. (Quizá  
si sigo callando, sea  
peor que la enfermedad  
el remedio, y es preciso...)
- MAT. Vamos, Julia, explicarás...
- JULIA. Yo quisiera, pero...
- MAT. Acaba.
- JULIA. (No sé por dónde empezar.)
- MAT. Alguna nueva desgracia  
amenazándome está?
- JULIA. No por cierto.
- MAT. Pues explícate  
de una vez, no calles más.
- JULIA. (Algo turbada.) Doliéndome de las penas  
que continuamente estás  
pasando, está mañana...  
tuve la idea fatal  
de engañarte, suponiendo  
que Ricardo en su bondad,  
te regalaba ese ramo  
que á mí destinó Roman.
- MAT. Adios, risueña esperanza!  
Mi dicha no existe ya!...
- JULIA. Yo no supe lo que hacia.  
Solo pretendí alegrar  
aunque por breves instantes

- MAT. tu corazón nada más.  
¿Qué has hecho, Julia, qué has hecho?  
¿No comprendes que un puñal  
de dos filos ahora clavas  
en la herida que á brotar  
vuelve otra vez en mi pecho?
- JULIA. Mal haya mi necesidad!  
Pretendí hablar á mi hermano  
aunque un poco tarde ya,  
para pedirle tu dicha  
y el fin de tus penas.
- MAT. Ay!  
Eso es imposible! El mundo  
me reserva nada más  
que abrojos, disgusto y llanto.
- JULIA. Calma tu angustioso afán.  
¿Me perdonas?...
- MAT. Si he nacido  
para padecer y amar,  
¿cómo no he de perdonarte?  
Te perdono, y... ¡ojalá  
que de mi infortunio el cielo  
quiera borrar la señal!

### ESCENA VIII.

MATILDE, JULIA, ROMAN.

- ROMAN. Julia, vuelvo... (aquí Matilde?)  
Perdóneme usted, señora,  
si algún tanto inconveniente  
es mi presencia.
- MAT. Mendoza,  
esta es su casa, y en ella  
puede entrar á todas horas.
- ROMAN. Mil gracias, pero...
- MAT. ¿Qué pasa?
- JULIA. ¿Vió usted á Ricardo?
- ROMAN. No es cosa  
de Ricardo.
- MAT. ¿Qué sucede?
- ROMAN. Traigo una nueva asombrosa.

- JULIA. ¿Cuál es?...  
MAT. Explíquese pronto.  
ROMAN. Desde la calle de Atocha  
pasaba á la de Carretas  
andando á paso de corza,  
cuando ví una carretela  
de esas de plaza, lujosa,  
que iba á entrar á todo escape  
á la Concepcion Gerónima.  
De pronto el cocheró pára,  
y un caballero se asoma  
gritando: «¡aquí, picarillo;  
»venga esa mano, Méndozal!»  
Yo al pronto estaba perplejo  
creyendo que era una broma:  
pero... cuál fué mi sorpresa  
al ver que aquella persona  
que así se explicaba, era...  
su tío Anselmo, el de Borja.  
MAT. Mi tío!...  
JULIA. Cielos!  
ROMAN. El mismo.  
MAT. La Virgen santa me acorra!  
ROMAN. Me hizo subir al carruaje  
omitiendo ceremonias,  
y me preguntó si usted  
con Ricardo era dichosa.  
MAT. ¿Y usted... qué dijo?  
ROMAN. ¿Qué dije?...  
Doblé al momento la hoja,  
pues era un gran compromiso  
ocuparme de estas cosas.  
Así marchando, llegamos,  
y eso es lo que más importa,  
hasta la biblioteca  
de San Isidro.  
MAT. Me ahoga  
la pena! Cuando aquí llegue  
y vea la paz que mora  
en este recinto...  
JULIA. Es cierto.  
ROMAN. Dijo que un cuarto de hora

tardaría solamente,  
pues que el deseo le acosa...  
Pronto estará aquí.

MAT. ¡Dios mio,  
todo en mi contra se torna!  
Mi tío Anselmo, que cree  
verme feliz...

JULIA. No conozca  
por el pronto en tu semblante  
la pena que te destroza.

MAT. Las lágrimas que ahora vierto  
no quieren callar, traidoras,  
y revelarán la angustia  
que mis sentidos embota.

JULIA. Pues es preciso...

ROMAN. Recuerde  
que es en extremo achacosa  
la salud del tío, y puede  
que si el caso se empeora...

JULIA. Despues... yo hablaré á Ricardo.

MAT. Á Ricardo en su ira loca  
¿qué puede importarle el tío  
si su mujer no le importa?

JULIA. Calla. Ha parado un carruaje.

ROMAN. El suyo. (Yendo á la ventana.)

MAT. Vaya Mendoza  
por favor á recibirle  
en tanto que me reponga.

ROMAN. Voy al punto.

## ESCENA IX.

MATILDE, JULIA.

MAT. Y ¿qué le digo  
cuando mi inquietud conozca?

JULIA. Ya lo veremos: tú guarda  
esas lágrimas preciosas,  
que yo saldré del apuro  
inventando cualquier cosa.

MAT. Dios te lo pague.

JULIA. Dios quiera

- darle luz.
- ANS. (Dentro.) No me acomoda  
que haya conmigo etiquetas.
- ROMAN. (Id.) Es mi deber.
- ANS. Pues sin fórmulas  
quiero ver á mis sóbrinos.
- JULIA. La serenidad recobra,  
que aquí está ya.
- MAT. Yo me muero  
si tu auxilio me abandona.
- (D. Anselmo aparece en la puerta del foro apoyado  
en el brazo de Roman.)

## ESCENA X.

DON ANSELMO, ROMAN, MATILDE y JULIA.

- ROMAN. Entre usted.
- ANS. Roman, mil gracias.  
¡Vaya un par de buenas mozas!  
¡Matilde... un abrazo!... ¡Julia!  
La alegría me remozó!...
- JULIA. Señor... (Rapidez en el resto de la escena.)
- MAT. ¡Ah, tío del alma!...
- ANS. Y Ricardo?... Esta no es hora  
de oficina.
- MAT. No está en casa.
- JULIA. Salió hace poco á unas compras...
- ROMAN. (Cómo miente mi futura!...  
para eso se pinta sola.)
- JULIA. Vaya, Matilde, prepara  
para el tío alguna cosa...
- ANS. Sí, que hoy almorcé temprano  
solo un par de pollos.
- ROMAN. (¡Sopla!)
- JULIA. Pues al comedor pasemos  
y allí el jamon... y el borgoña...
- MAT. (¡Dios mio!...)
- ANS. No, el Valdepeñas  
es el que más me conforta.

JULIA. (Si llega á aceptar...)

ANS. Pues vamos.

JULIA y MAT. Vamos.

ROMAN. (Hoy se arma la gorda.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

D. ANSELMO sentado á la izquierda tomando café, MATILDE  
á su lado, ROMAN á la derecha leyendo, JULIA de pié.

(El diálogo entre Roman y Julia debe ser aparte hasta que los versos lo indiquen.)

ROMAN. Yo le contaria al tío  
toda la verdad.

JULIA. Yo no.

Sería darle un disgusto  
y empeorar la situacion.

ROMAN. Pero... ¿qué alcanza con eso?  
Engañar una hora ó dos  
al tío, para que luego  
venga aquí de sopeton  
el tigre, y se sepa todo.

JULIA. Su impertinencia es atroz.  
Cállese ya!

ROMAN. Pero Julia,  
insiste usted?

JULIA. Si señor.  
Yo empecé el plan, y á seguirlo  
por mi fé resuelta estoy.

ROMAN. Pues á pesar del talento

que tiene usted tan precoz,  
será cuando el trueno estalle  
inevitable el turbión.

JULIA. Ricardo tendrá presente...

ROMAN. Nada. (Secamente.)

JULIA. Todo! (Id.)

ROMAN. Se acabó!

usted gana.

JULIA. Y usted pierde.

ROMAN. (¡Por vida de Sabahót  
que su empeño tiene cuatro  
sostenidos y un bemol!...)

ANS. Muy buen café: moka puro;  
se conoce.

JULIA. Es del mejor.

Aquí no gastamos otro.

ANS. Y haceis bien. En Aragon  
tomamos caracolillo  
con unas gotas de rom.

Ya se ve, no hay en los pueblos

muchas gentes *comm'il faut*

que en el paladar conozcan

si es *Habana*... ó... *Malakóf*.

JULIA. (Algo de Habana, buen tío,  
tiene el que tomas, pues son  
casi todo... *habas*... tostadas.

ANS. Mi inteligencia es atroz  
para frutos coloniales.

JULIA. Se conoce... si señor. (Con intencion.)

ANS. Allá en Borja tengo siempre  
una tareita ó dos

de esquisitos chocolates,  
buen café, y á discrecion...

Té perla, Pekin, té negro,  
y azúcares de pilon.

Pero confieso, hijas mias,  
que este café es superior  
al que yo tomo en mi casa.

Mas dejando esta cuestion,  
háblame de tí, Matilde,  
de Ricardo, de su amor,  
de tus dichas.

- MAT. Tio Anselmo...
- ANS. Tio Anselmo... no señor;  
no ha de ser para tí sola  
la grata satisfaccion.  
Tengo derecho, hija mía,  
á que los rayos del sol  
vivifiquen las semillas  
de un lazo que formé yo.  
Conque... no valen excusas...  
y deja á un lado el rubor.
- MAT. Pues bien, tio, usted pregunta...
- ANS. Si eres feliz...
- MAT. Sí lo soy.
- ANS. Si vuestra fortuna es próspera.
- MAT. Tenemos, gracias á Dios,  
lo suficiente en la casa.
- ANS. Está muy puesto en razon.  
Jamás, Matilde, otra cosa  
consentir pudiera yo,  
y harías mal, si no hablastes  
con franqueza. ¿Y el señor  
don Roman... no dice nada?...
- ROMAN. Ya lo ve usted, no señor.
- JULIA. Al buen callar, llaman Sancho,  
dice un refran español.
- ANS. Pues qué... ¿Tenemos moritos  
en la costa?...
- ROMAN. Moros... no!  
Pero la veleta... anuncia...  
viento de... levante.
- ANS. ¡Oh!...  
Mientras no anuncie chubasco  
no hay riesgo.
- JULIA. Pero hay temor  
de que las nubes... avancen,  
y haga una ventisca atroz!
- ANS. Lo dices de una manera  
que algo significa.
- ROMAN. (Adios!...  
Ya empieza á desmoronarse  
la torre que fabricó.)
- ANS. ¿Pretende Roman acaso

hacer marchar un reloj  
sin darle cuerda?... (Riendo.)  
ROMAN. ¡Esta es buena!

JULIA. á que lo pago ahora yo?)

JULIA. Puerilidades tan solo...

ANS. Pues á convencerle voy...

JULIA. No señor, pero Mendoza  
defiende con gran calor  
la bondad del matrimonio  
civil.

ROMAN. Yo?...

JULIA. (Silencio!)

ROMAN. (Plóoom!!!...)

El espectáculo empieza  
con disparos de cañon!

ANS. Todo lo moderno place,  
y el mundo va de ello en pos.

Esa forma es más barata,  
más breve, y aún es mejor  
que la otra. Doy mi voto  
si se pone á discusion.

Pero, dime, buena pieza,  
¿á qué altura te hallas hoy  
de ascensos?... Ya serás jefe  
de negociado.

ROMAN. Yo?... no.

Siempre oficial de estancadas  
sin alcanzar más favor.

ANS. Pues en España, hijo mio,  
anda muy listo el turrón.

ROMAN. Pero es preciso comerlo  
como no lo sé hacer yo.

ANS. Pero ¿y Ricardo?...

MAT. (¡Dios mio!)

ANS. Ya tarda mucho.

JULIA. A las dos

tenia cita en la Bolsa  
para cierta operacion.

ANS. Antes dijistes que á compras.

JULIA. Pues... á compras, sí señor.

ROMAN. (Julia mia... que te embrollas.)

ANS. Por la Virgen de la O,

- que algo extrañas me parecen sus operaciones.
- JULIA. Hoy...  
compra papel del Estado.
- ANS. Ya; negocia. Es jugador de los buenos.
- ROMAN. (De los malos:  
de los del pego en monton.)
- ANS. Aun así me extraña mucho...
- JULIA. Como en la Bolsa subió el papel rápidamente, puede que negocie...
- MAT. (¡Oh!  
Sufrir no puedo la pena que siente mi corazón!)
- ANS. Pero... estás triste, Matilde. ¿Qué tienes?
- MAT. Nada... señor.
- ANS. Comprendo: sin duda temes que la atmósfera feroz del político horizonte ocasione algun bajon en los valores.
- MAT. Sí... tío.
- ANS. Eso mismo pienso yo. Diversas complicaciones europeas surgen hoy con el nuevo candidato del gabinete español.
- MAT. Ya, ya, la paz que *aquí* reina no puede darse peor.
- ANS. Temo que en las Tullerías produzcan grande explosion las diplomáticas notas, y á pesar de su color templado, salten sus chispas á las fraguas de Astarót.
- ROMAN. Y quién es el nuevo príncipe que la corona aceptó?...
- ANS. Hohenzollern Sigmaringen,
- ROMAN. ¿Inglés?
- ANS. Prusiano... ó sajón...

- ROMAN. Hohenzollern Sigmaringen?...  
No conozco á ese señor.
- ANS. En fin, ya es larga la espera,  
y á ver á Ricardo voy  
á la Bolsa. (Levantándose.)
- MAT. Tío Anselmo...  
no nos prive usted por Dios  
tan pronto de su estimada  
y amena conversacion.  
Ya vendrá. Señor Mendoza,  
¿quiere usted hacerme el favor  
de ir en busca de mi esposo?
- ROMAN. Por usted, qué no haré yo?...  
Voy al punto.
- JULIA. (Vuelva pronto.)
- ROMAN. (Qué?)
- JULIA. (Que vuelva.)
- ROMAN. (Mas...)
- JULIA. (Chiton!)
- ANS. A la Bolsa.
- MAT. Adios, Mendoza.  
(Suplíquele por favor  
que sea prudente.)
- ROMAN. (Basta:  
descuide usted...)
- ANS. Pues...
- ROMAN. Adios!  
(Mi paciencia sobrepuja  
á la paciencia de Job.)

## ESCENA II.

DICHOS menos ROMAN.

- ANS. (Me parece que algo extraño  
acontece en esta casa.  
Yo he de averiguarlo.) ¿Sabes  
qué tiene Roman, muchacha?  
¿Le habrá tal vez contrariado  
ir á la Bolsa?...
- JULIA. Se engaña  
usted, señor don Anselmo.

- ANS. Yo?...
- JULIA. Roman no tiene nada.
- ANS. Me figuré que al marcharse  
no le hacia mucha gracia  
ir en busca de Ricardo,  
y casi lo siento.
- MAT. Vaya,  
tío, es usted caviloso  
como nadie.
- ANS. Cuenta clara.  
Quien piensa mal mucho acierta;  
y á mí, en verdad, no me extraña...
- MAT. Yo diré á usted, mi marido,  
tal vez por las circunstancias,  
ha sufrido un cambio.
- ANS. Un cambio?  
Qué dices?...
- MAT. Sí, tío.  
JULIA. (Hermana...)
- MAT. Ya sin ir á la oficina  
los días enteros pasa.  
Sus jefes son exigentes...  
y esa es sin duda la causa.  
Ultimamente ha pedido  
una licencia sin paga  
por un mes.
- ANS. Muy bien ha hecho:  
nos viene que ni pintada.  
Así estaré con vosotros  
todo el día. Tengo casas  
donde pudiera haber ido,  
pero he dicho: nada, nada,  
pararé en la de Matilde.
- MAT. Yo le agradezco en el alma...
- ANS. Tu padre no vió la cuna  
do se mecieron tus gracias,  
ni contempló las sonrisas  
inocentes de tu alma.  
Y tu madre al despedirse  
de esta vida tributaria,  
me encargó solemnemente  
que tu orfandad amparara.

Ya no tuviste otro apoyo  
en tu juventud temprana  
que mi amor y mis desvelos  
para consolar tus ansias.  
Yo te casé con Ricardo  
porque ví que te agradaba  
más que el baron: de manera  
que la vida sosegada  
vino á reemplazar la activa  
con que el baron te brindara.

MAT. Es verdad; yo dí mi mano  
á quien en perpétua calma  
un porvenir me ofrecia  
de venturosa esperanza.  
Y tanto es así... que á veces  
derramo abundantes lágrimas...

JULIA. De placer. (Rápidamente.)

ANS. Cómo?

JULIA. Sí.

MAT. Cierto.

Los recuerdos de la infancia...

RIC. (Dentro.) Está bien: si es que me buscan  
me han de encontrar.

MAT. (Á Julia.) (Él es...)

JULIA. (Calla.)

### ESCENA III.

MATILDE, JULIA, D. ANSELMO, RICARDO.

RIC. Cobardes! Dudar de mí  
cuando á todo estoy dispuesto!

MAT. (Por Dios, Ricardo...)

RIC. (Qué es esto?...)

MAT. (Que nuestro tío está aquí.)

RIC. Hola!... bien venido, tío.

ANS. Dame un abrazo, ¿qué tal?...

RIC. Mal, don Anselmo, muy mal.

JULIA. (Nos pierde su desvarío?...)

MAT. (Modérate de él delante,  
no sospeche lo que pasa.)

RIC. (Calle usted!)

ANS.

En esta casa  
todos teneis mal talante.  
Vengo lleno de alegría  
para abrazaros gozoso,  
y halla mi afecto amoroso  
una recepcion muy fria.  
Vuelvo á ver si el dulce lazo  
que os unió brilla esplendente,  
y te encuentro inconveniente,  
y hasta me niegas tu abrazo.  
Jamás hubiera creído  
que el mal humor que te abruma,  
hiciera saltar la espuma  
de un pecho nunca ofendido.  
¡Por vida de Belcebú  
que he de saber el motivo!  
Ya que yo no lo concibo  
vas á explicármelo tú!

RIC.

Voy á explicarme... si á fe.

MAT.

(No, Ricardo, no lo digas!)  
Efecto de las intrigas  
en gran peligro se ve.  
Cual si no fuera bastante  
que el trabajo lo eternice,  
en la direccion se dice  
que lo dejarán cesante.

JULIA.

(Si fuese yo su mujer  
el pastel descubriría.)

MAT.

Teme que nos llegue el día  
que falte para comer.

ANS.

Y tan solo esa tontuna  
te disgusta de esta suerte?...  
¡Si yo puedo reponerte  
catorce veces, no una!  
Ea, aliente el corazon,  
y á esos reveses, firmeza:  
no bajarás la cabeza  
con tamaña humillacion.  
Si hoy firman para tu mal  
tu cesantía ó descenso,  
yo te daré de un ascenso  
mañana la credencial.

Pero á decirte verdad,  
y hablándote la conciencia,  
tu pretendida licencia  
la juzgo temeridad.

RIC. ¿Cómo licencia?

ANS. Si á fe,

la que tú has solicitado...

MAT. Porque como has trabajado

(Con rapidez.) tanto de noche....

JULIA. (Y de pié.)

RIC. (Qué farsa es esa?)

MAT. (Gran Dios!

palidece su semblante!...)

RIC. (De dura roca y diamante

tienen el pecho las dos!)

Hoy el deseo me acosa

de explicar...

ANS. Tarea vana:

ya hablarás de eso mañana;

hoy... hablemos de otra cosa.

Casi me alegra y no en balde

de tu sospecha el rumor,

pues como dice un autor,

á buen rey, mejor alcalde.

Puedes perder el destino

que mereces conservar;

que la suerte, ó el azar

te abrirá mejor camino.

Que si en el mundo es de ley

purgar ageno delitó,

tambien otro autor ha escrito

que es mejor alcalde el rey.

Una pandilla servil

sin comprender lo que vales

pretende tus diez mil reales;

pues bien, tendrás veinte mil.

Y te harán un gran favor;

y los cubrirás de asombro:

yo para entónces te nombro

mi único administrador.

Darán voces de coraje

y tragarán mucha quina,

al ver que de la oficina  
pasas á tener carruaje.  
Y al otro dia entre apuros  
cabizbajos los verás,  
mientras tú decir podrás,  
¡rabiad... que tengo mil duros!  
Que te quitan... te es igual;  
nada importa su manejo:  
cuando yo muera, te dejo  
mi heredero universal.

Así no estarás en vilo  
por esa gente del diablo.  
Si el ministerial venable  
te llega á herir con su filo,  
desprécialo con razon  
sin que así te martirices,  
y venid á ser felices  
á mi casa de Aragon.

RIC. No sé cómo agradecer  
la proposicion que escucho.

ANS. Siempre os he querido mucho  
y tengo en ello un deber.

Ya soy árbol que cayendo  
camina al eterno ocaso,  
y espero hallar en mi paso  
los frutos que voy vertiendo.

Vosotros céfiro blando  
prestareis á mi existencia:  
yo... os miraré en mi presencia  
vuestros amores cantando.

Báculo del pobre anciano  
sereis hasta que sucumba,  
depositando en mi tumba  
flores despues vuestra mano.

MAT. Qué grata felicidad!

ANS. Pues la obtendreis, yo os lo juro.

JULIA. (Ya tienen el pan seguro.)

RIC. Es demasiada bondad.

MAT. Julia, habrá que disponer  
que la sopa...

JULIA. Es cargo mio.

MAT. ¿Sabes, Ricardo, que el tio

- RIC. se quedará hoy á comer?...
- ANS. Lo celebro.  
Hoy es un día  
de satisfaccion sin tasa  
para mí.
- MAT. Y en esta casa  
reina perfecta alegría,  
¿no es verdad, Ricardo?
- RIC. Si!...
- (Es fuerza que esto se acabe.)
- MAT. (Ricardo... que nada sabe!...  
Por hoy... ten piedad de mí!!!)
- JULIA. Con que nos vamos las dos  
á disponer lo preciso...
- ANS. Id en paz.
- MAT. Pues con permiso.  
(Inspirale tú, buen Dios!)  
(Vânse puerta izquierda.)

#### ESCENA IV.

D. ANSELMO, RICARDO.

- ANS. Pero Ricardo, ¿qué es esto  
que tu mal humor despunta?
- RIC. No comprendo la pregunta.
- ANS. La causa de tu mal gesto?  
¿Es que la proposicion  
que antes te hice no te place?
- RIC. Sí señor, me satisface  
y halaga mi corazon.  
Pero á decirle verdad  
no es eso lo que me inquieta.
- ANS. Pues mi franqueza te reta  
á que hables con claridad.  
Que apenas puse aquí el pie  
y se me dió un refrigerio  
comprendí que algun misterio  
guardabais. Yo lo sabré!  
Pues por Matilde y por tí,  
y por el ser que me alienta,  
que no he de sufrir la afrenta  
de que se me engañe. Dí:

- responde sin vacilar.  
¿Qué pasa en vuestra morada?  
RIC. Señor don Anselmo... nada.  
¿Qué puede en ella pasar?  
Mas no siempre el buen humor  
es circunstancia precisa.  
ANS. Ya sé yo que una sonrisa  
imprime á veces dolor.  
Concluye.  
RIC. Tengo un amigo  
que es por demas infeliz.  
ANS. Sigue.  
RIC. Cometió un deslíz...  
ANS. Y se expansiona contigo.  
Tu alma de maldad impropia  
siente la desgracia agena.  
RIC. Sí señor, siento su pena  
cual si sintiera la propia.  
ANS. Pues todo está ya arreglado.  
Ofrécele cuanto gustes.  
RIC. Gracias, señor.  
ANS. No te asustes  
si le ofreces demasiado.  
Siendo cosa tuya...  
RIC. Lo es,  
y no hace falta dinero.  
Solo que le sirva quiero,  
y tengo en ello interés.  
ANS. Pues bien, refiéreme el caso  
y veré lo que hay que hacer,  
que algun dato es menester  
para no dar un mal paso.  
RIC. Ese amigo conoció  
á una jóven hechicera  
que fué su pasión primera,  
y con ella se casó.  
Feliz vivía y dichoso  
sonreido de venturas,  
entre las brisas impuras  
de su jardin pouzoñoso.  
Hasta que la adversidad  
demostró al pobre marido

- que engañado había sido  
por la más fea maldad.
- ANS. Comprendo; la esposa infiel  
sus deberes olvidando...
- RIC. Fué poco á poco enlodando  
las galas de su vergel.
- ANS. Y el marido la repudia!
- RIC. Él la adora sin embargo.  
Su dolor es harto amargo,  
y el medio de huir estudia.  
El infeliz sufre y llora  
y maldice en conclusion,  
la malhadada pasion  
que su existencia devora.  
Hoy vino aquí á consultar  
para en su empeño ayudarle,  
si usted querria alcanzarle  
un destino en Ultramar.
- ANS. Yo tocaré ese registro  
con el director.
- RIC. Muy bien.
- ANS. Y si es preciso, tambien  
veré despues al ministro.  
Cuando quieras puedes ir  
á decirle que es corriente;  
que puede inmediatamente  
para la Habana partir.  
Que mi influencia le coloca  
del ministro en el favor,  
y que estará por mi honor  
servido á pedir de boca.  
Dime quién es.
- RIC. Por san Telmo!
- No me pregunte su nombre;  
bástele saber, que es hombre  
muy honrado, don Anselmo.
- ANS. Tu juicio no está cabal,  
y á desbarrar se limita.  
¿No ves que se necesita  
para dar la credencial?  
Ya caigo!... Será Guzman,  
tu compañero de mesa.

- Le habrás hecho la promesa  
de interesarte en su afán...
- Ric. Yo no he dicho...
- Ans. No; tú no...  
pero yo me lo figuro;  
y que es Guzman seguro  
de esa rosa el Jericó!  
Ya se vé... sin posicion  
contraen obligaciones,  
y despues... las privaciones  
desgastan el eslabon  
del matrimonial tributo;  
siembran un mundo de enojos  
que está creciendo entre abrojos  
dando el divorcio por fruto.
- Ric. Nada diga; estoy seguro  
que sabrá guardar usted...
- Ans. No hay cuidado, callaré  
ya que es tan grande su apuro.  
Y para marchar mejor  
y adelantar mas terreno,  
ahora mismo será bueno  
que vea yo al director.
- Ric. Pero Matilde aquí viene.  
Ocultela usted el asunto.
- Ans. Necesito un coche al punto.
- Ric. El disimulo conviene.

### ESCENA V.

MATILDE, D. ANSELMO, RICARDO.

- (Julia atraviesa de izquierda á derecha.)
- Mat. Todavía tardaremos  
un buen ratito en comer.
- Ans. Tanto mejor, de ese modo  
el tiempo aprovecharé.  
¿Será cosa de una hora?
- Mat. Un poquito mas.
- Ans. Pues bien,  
saldré mientras tanto en coche.  
Son... las cinco y media y seis.  
Á las siete, ó siete y media

sin falta en casa estaré.  
¿No te parece?

MAT.

Conforme.

ANS.

Ea pues; á disponer  
lo que interesa, Ricardo.

RIC.

Voy á mi cuarto, y despues  
por el coche. (No hay remedio.

El collar quiero vender;

prepararé mi equipaje

y mañana partiré.)

(Durante el aparte de Ricardo, D. Anselmo obser-  
va alternativamente á éste y á Matilde.)

## ESCENA VI.

D. ANSELMO, MATILDE.

ANS.

Desde que entré en vuestra casa  
he podido comprender

que á Ricardo y su mujer

algo muy grave les pasa.

Yo le juro...

MAT.

Sin mentir.

ANS.

Ricardo está preocupado...

MAT.

Y quién motivo le ha dado?

ANS.

No lo alcanzo á definir.

MAT.

El le ha dicho á usted...

ANS.

No tal.

MAT.

Yo tampoco lo adivino.

Solo sé que en mi camino

diviso un largo erial.

Erial que si es preciso

resignada cruzaré,

y por el cual llegaré

al umbral del paraíso.

Siempre he cumplido el deber

que el lazo santo me impuso,

y decirle á usted excuso

si buena he sabido ser.

Que aquí Ricardo batalla

con alguna pena ruda,

no deja lugar á duda

- ANS. aunque la sufre y la calla.  
¿No llegaste á concebir  
si alguna pasada historia...  
MAT. Solo acude á mi memoria...  
ANS. Habla.  
MAT. Yo no sé mentir.  
Me figuro...  
ANS. Un solo instante  
espera, que él viene aquí.  
Despues seguiremos.  
MAT. Sí;  
nos queda tiempo bastante.

### ESCENA VII.

DICHOS y RICARDO por la segunda puerta izquierda.

- RIC. (¡Tambien... tambien el collar!  
Ya de evitarlo no hay modo.  
¡La infame lo gasta todo  
de su vicio en el altar!  
¡Oh... yo juro que...)  
ANS. Ricardo,  
que el tiempo pasa.  
RIC. Lo sé.  
Voy... y el coche mandaré.  
ANS. Con impaciencia lo aguardo.  
MAT. (Del pecho el fuerte latido  
me dice que pronto aquí  
volverás. ¿No es cierto?..) (Ap. á Ricardo.)  
RIC. Sí!...  
(Yo sabré si lo ha vendido.) (Váse foro.)

### ESCENA VIII.

MATILDE, D. ANSELMO.

- ANS. Ya puedes seguir, Matilde,  
pues la ocasion nos convida.  
Revélame la sospecha  
que tu corazon lastima.  
Y si de luz solo un átomo

- por casualidad me avisa  
que hay en vuestro matrimonio  
la más leve nubecilla,  
á fe de Anselmo, aseguro  
que sé lo que hacer precisa.
- MAT. Ricardo sufre y padece  
sin que la causa nos diga,  
y he llegado á figurarme  
que la idea le lastima,  
de no tener quien estreche  
nuestros lazos de familia.
- ANS. Acabáras de una vez!  
La ocurrencia es peregrina!  
Á ver, explícame pronto  
ese incomprensible enigma.
- MAT. Sucede que algunas noches,  
por su natural sombrías,  
Ricardo suspira y llora  
y sobre el lecho se agita.  
Otras veces despertándose,  
páreceme que delira,  
pues esclama: «un hijo!... un hijo!...  
»para que quiero la vida?»  
¡Cuántas veces, tío Anselmo,  
entre amorosas caricias  
le he preguntado el arcano  
tenebroso de su vida!  
Pero inútil... Su silencio  
en la reserva se obstina,  
sin que la pobre Matilde  
le merezca una sonrisa.
- ANS. Brava existencia!... muy buena!  
Inmejorable!... magnífica!
- MAT. Tres meses hará lo menos  
que no pasa un solo día  
sin que me origine lágrimas  
su conducta repulsiva.
- ANS. Pues bueno, será prudente  
que esa existencia mezquina  
sin dilaciones se trueque  
por otra algo más tranquila.
- MAT. Como mi pecho le adora;

como mi vida es su vida,  
he concebido un proyecto  
que su deseo indemniza.  
Si solo á tener un hijo  
sus ilusiones limita:  
si á un ángel tierno, é inocente  
quiere prodigar caricias,  
puede que adoptando un huérfano  
la tranquilidad consiga,  
y hoy mismo sin más tardanza  
proponérselo quieria.

Si ese es el fruto que anhela,  
con ese mi amor le brinda.  
Yo le cuidaré cual madre  
que lo alimenta y abriga,  
y así encontrará el reposo,  
encontrando yo la dicha.

De lo contrario... sus quejas,  
las maldiciones continuas  
que de sus labios se escapan  
por matarme acabarían,  
y yo no quiero... no quiero  
que Ricardo me maldiga!

ANS. Ya basta: aquí muy en breve  
volveré de una visita  
que Ricardo considera  
lo mismo que yo, precisa.  
Y á mas tardar esta noche,  
lo juro, esta noche misma,  
de tu porvenir la suerte  
debe quedar decidida.

## ESCENA IX.

DICHOS y JULIA.

JULIA. Don Anselmo, el coche espera.

ANS. Bien, Julia, voy en seguida.  
Enjuga, Matilde, el llanto  
y el espíritu reanima;  
que antes de poco tu tío  
te devolverá la dicha.

MAT. Con que adios, y hasta las siete.  
Está bien.

ANS. ¡Pobre hija mia!

(D. Anselmo desaparece por el foro acompañado de Julia.)

## ESCENA X.

MATILDE, sola.

Ya quedar sola anhelaba  
y respirar un momento:  
sóla, con este tormento  
desgarrador que me acaba.  
Tan dura es mi situacion,  
que ya la fuerza me falta;  
y un negro presagio asalta  
á mi pobre corazon.  
Vivo del mártir la vida  
pudiendo ser venturosa,  
sin que me muestre quejosa  
por tanta pena sufrida.  
Y el raudal del sentimiento  
que se agota de hora en hora,  
casi... ni lágrimas llora  
al ver que las seca el viento.  
¡Oh, tú... Señor de bondad  
que moras en lo infinito;  
si en mi destino has escrito  
que ruja la tempestad,  
mi resignacion ya ves...  
y ves tambien los respetos  
con que acato tus decretos  
de mi infortunio á través!  
El suave y divino ambiente  
que tu recinto embalsama,  
difúndelo en mí... y derrama  
tu bondad omnipotente.  
¡Lanza un rayo de tu luz  
sobre esta pobre cuitada...  
ó admítela en tu morada  
para que acabe su cruz!...

ESCENA XI.

DICHA y JULIA desde el foro.

- JULIA. No te apures; puedes irte muy descuidado y tranquilo, que cuando vuelvas sabrás por mi fe cuántas son cinco.
- MAT. Á quién riñes, Julia?
- JULIA. (De mal humor.) Á nadie.
- MAT. Pero... ¿qué te ha sucedido?
- JULIA. Muy poca cosa. (Bajando.)
- MAT. Qué es ello?
- JULIA. Que al subir el señorito don Roman por la escalera cuando la bajaba el tío, le contó que no encontraba á tu dichoso marido ni en el café, ni en la Bolsa, ni en el próximo garito donde va á jugar de noche.
- MAT. ¿Será verdad?... ¿eso ha dicho?
- JULIA. No lo dudes. Por fortuna acudí pronto en su auxilio, y pude sin gran trabajo dar al asunto otro giro.
- MAT. Dijiste...
- JULIA. Que iba en efecto con unos cuantos amigos de la oficina, y jugaban al ecarté, ó al tresillo. Pero el bribon replicándome por poco crea un conflicto.
- MAT. ¿Cómo?...
- JULIA. Cuando don Anselmo bajaba ya decidido para ocupar el carruaje, ocurriósele al maldito decirle que en la oficina no tiene Ricardo amigos, é iba añadir ademas

que está cesante.

MAT.

Dios mio!

JULIA.

Pero yo sin darle tiempo  
le asesté un fuerte pellizco,  
con el cual de mil colores  
habrá las estrellas visto,  
porque se lo dí con fuerza,  
con ganas y retorcido.

(En actitud de pellizcar.)

Fortuna que sus palabras  
no pudo oirlas el tío,  
porque fué bajando á tiempo  
que Roman entre suspiros  
y ayes de dolor, quedaba  
absorto de tal aviso.

Despues de repuesto un poco  
y algun tanto enfurecido,  
quiso hablar, mas yo me opuse;  
insistió, yo hice lo mismo.

Y atónito, macilento,  
sin dar de valor indicios,  
se fué á la calle diciéndome:  
«no volveré á dar motivo.»

MAT.

Pobre Roman!...

JULIA.

Su inocencia

pudo poner en peligro  
el plan que ántes comenzamos  
dejando ignorar al tío...

MAT.

Cierto, lo ignoraba todo,  
pero algo sabe.

JULIA.

Le has dicho...

MAT.

Solamente que tu hermano  
habia un cambio sufrido  
de tres meses á esta parte,  
y que...

RIC.

(Dentro.) No te necesito.

MAT.

Él es.

JULIA.

Cual siempre rabiando.

MAT.

Qué quieres, Julia! Es mi sino!

## ESCENA XII.

LAS MISMAS y RICARDO.

(Ricardo trae en el bolsillo el estuche de un collar.)

- RIC. Déjanos. (Á Julia.)  
JULIA. Tengo que hablarte.  
RIC. No puede ser.  
JULIA. Un momento.  
RIC. Vete, Julia.  
JULIA. Yo lo siento,  
pero...  
RIC. No quiero escucharte.  
Solo con Matilde aquí  
necesito hablar.  
JULIA. Ricardo...  
RIC. Que me obedezcas aguardo  
sin dilacion!  
MAT. Vete, sí.  
JULIA. (Algo malo va á pasar  
segun lo airado que viene.) (Á Matilde.)  
MAT. (Dios dirá!)  
RIC. ¿Qué te detiene?  
JULIA. Vóime. (Pues yo he de escuchar.)

## ESCENA XIII.

MATILDE, RICARDO.

- RIC. Matilde, vengo resuelto  
á concluir ese estado  
en que nos ha colocado  
la adversidad... y á eso he vuelto.  
Quiero de una vez vencer  
á la suerte que me acosa,  
dejando mi honra... dudosa,  
donde fuere menester.  
Ya no puedo prolongar  
esa existencia maldita  
que á todas horas me grita,

y que es preciso acabar.  
Por tanto seré concreto,  
limitándome tan solo  
á que la infamia y el dolo  
me descubran tu secreto.  
Si en el silencio te obstinas,  
te demostrará el destino  
que has de hallar en tu camino  
las más agudas espinas.

(Matilde hace un movimiento.)

Nada más debo añadir:  
eso... á tu silencio toca.

La confesien de tu boca  
vá tu suerte á decidir.

MAT. Absorta estoy de escucharte  
sin que comprenda tu objeto,  
pues no conozco el secreto  
que yo pudiera ocultarte.  
Tu lenguaje inconveniente  
mi buen nombre no mancilla,  
y hace crecer la semilla  
de mi virtud esplendente.  
Con harta resignacion  
mi honra guarda la honra tuya,  
sin que nadie me atribuya  
mas que tú infamia y baldon.  
Há tres meses que sufriendo  
estoy tu injusto rigor.

RIC. Y en ese tiempo tu amor  
me está engañando... mintiendo.

MAT. Tres meses há que callando  
hago el corazon pedazos.

RIC. Los mismos que á nuestros lazos  
explicaciones demando.

Pero su mudismo eterno  
perturbó nuestra existencia,  
y nos legó por herencia  
la maldicion del infierno.

No de tu virtud blasones,  
que harto culpable serás,  
y ahora mismo á darme vas  
cumplidas explicaciones.

MAT.    ¿Explicaciones... de qué?...  
¿Qué explicacion darse puede  
á quien como tú procede  
sin compasion y sin fe?  
Á quien viéndome sufrir  
un dia tras otro dia...  
en pago de mi agonía  
cuentas... se atreve á pedir?  
Ricardo, en tu desvarío  
te llegastes á olvidar  
que yo no puedo faltar  
ni faltaré al deber mio.  
Que la que nace, cual yo,  
para sufrir sin quejarse,  
debe siempre respetarse...  
pero atormentarla, no.  
Que la que en su pecho alienta  
bálsamo consolador,  
no merece en su dolor  
que se la imprima una afrenta.  
Si tú, en tu loco delirio,  
te obcecaste de tal suerte,  
era mejor darme muerte  
que ese continuo martirio.  
Porque... cuando no hay ficcion;  
cuando un motivo no existe;  
cuando abandonada y triste  
me dejas tan sin razon,  
(Creciendo gradualmente.)  
es injusto, es inhumano,  
es... miserable ¡pardiez!  
que una... y otra... y otra vez,  
vengas á ser mi tirano.  
Si alguna culpa hay en mí,  
será la de haberte amado;  
será por haber guardado  
ileso tu honor aquí.  
(Con exaltacion.)  
¡Culpable!... El mundo, quizás,  
podrá mirarme humillada;  
podrá verme desdichada,  
pero culpable... jamás!

- RIC. Sé que es inútil mi empeño,  
y lo comprendo, á fe mia.  
Insistir en mi porfía,  
más que locura es un sueño.  
¡Oh!... ¡desdichada de tí  
si juzgas que lo ignoraba!
- MAT. ¿Qué quieres decir?... Acaba!
- RIC. ¿Lo exiges?
- MAT. Lo exijo, sí!...
- RIC. ¿Me provocas?...
- MAT. No por cierto.
- RIC. ¿Qué quieres?...
- MAT. Saber tus dudas.
- RIC. Matilde!...
- MAT. Son harto rudas  
las heridas que has abierto.  
¿Sospechas de mí?
- RIC. Sospecho.
- MAT. Mi honor...
- RIC. Á engañarme aspira.
- MAT. ¿Qué ves en mí?
- RIC. La mentira!
- MAT. ¿Y en tí?...
- RIC. Terrible despecho!
- MAT. ¿Por qué, Ricardo, dudar?...
- RIC. No dudo... la prueba he visto.
- MAT. Pero... ¿qué es ello?...
- RIC. ¡Por Cristo!...
- (Asiéndola una mano.)  
Dime... ¿dónde está el collar?
- MAT. Cielos! (Visiblemente turbada.)
- RIC. Te turbas!
- MAT. Yo juro...
- RIC. Sin jurar...
- MAT. ¡Fiero destino!
- No lo sé!...
- RIC. Yo lo adivino.
- MAT. Mas...
- RIC. Miente tu labio impuro!
- MAT. Ricardo, yo te diré...
- RIC. Sólo la verdad escucho!
- MAT. Es que á mí me cuesta mucho

- decirte...
- RIC. ¡Harto lo sé!  
Comprendo que la deshonra  
no te ha de causar placer;  
comprendo que es menester  
poner un velo á tu honra!
- MAT. Ricardo!...
- RIC. Dicho está ya!  
Si consideras ultraje  
mi extraño y nuevo lenguaje,  
la prueba contestará.
- MAT. ¿La prueba?... Si hasta en las nubes  
se refleja la honra mia!
- RIC. Antes engañar solia  
á los celestes querubes.  
Pero cuando divisaron  
las manchas de su borron,  
con su eterna maldicion  
del espacio la arrojaron.  
Los ángeles sus guirnaldas  
no tejen para el delito!
- MAT. ¿Qué dices?...
- RIC. Que estaba escrito:  
¡Mira... el collar de esmeraldas!  
Cielos!
- MAT. ¡Esa hermosa joya  
que mi amor te concedió,  
yo la he rescatado... yo...  
y ella tu crimen apoya!  
Y ahora, Matilde... ¡ay de mí!  
¿me negarás, fementida,  
que en el libro de tu vida  
existe una mancha?
- MAT. Sí!
- RIC. El labio torpe deten!...  
¿Podrás negar, insensata,  
que hay un delito que mata  
mi felicidad?...
- MAT. Tambien.
- RIC. Probarás mi justo encono  
si no aclaras tu disculpa!...
- MAT. Como no conozco culpa

- RIC. no tiemblo, mas... te perdono!  
Lo vendiste?...
- MAT. Sí á fe mia!
- RIC. Y... ¿dónde su precio está?...
- MAT. Si lo dijera... quizá  
mi tormento acabaría.
- RIC. Habla.
- MAT. Existe un juramento  
que jamás quebrantaré.
- RIC. Habla, Matilde!
- MAT. Lo haré  
si exhalo el último aliento.
- RIC. Pues bien, Matilde, repara  
que si en callarlo te obstinas,  
del secreto las espinas  
hoy arrojaré á tu cara.  
Y para oprobio y baldon  
del lustre de tu apellido,  
publicaré tu marido  
las pruebas de una traicion.
- MAT. ¿Qué dices?... Dios que nos mira  
justificarme podrá!
- RIC. Dios solamente dirá  
que eres culpable.
- MAT. ¡Mentira!!  
¿Qué culpa puede haber  
donde no existe un vacío?  
¡Ricardo... en tu desvarío  
loca mo vas á volver!...  
Mírame puesta de hinojos: (Arrodillándose.)  
inspirete compasion  
el llanto del corazon  
que vierten mis tristes ojos!  
No me preguntes ya más.  
No insistas en tu porfia!
- RIC. Antes de que espire el día  
lo que me callas dirás.
- MAT. No me compadeces?...
- RIC. No!
- MAT. ¿No te inspiro...
- RIC. ¡Ira tan solo!
- MAT. (Con explosion y levantándose.)

Pues á tu furia me inmolo  
ya que ella me provocó!...  
RIC. Vas á conseguir tu objeto!  
MAT. ¿Qué dices?...  
RIC. Mujer liviana!  
MAT. Julia!  
RIC. No grites!  
MAT. Hermana!!...  
RIC. Piensa que nada respeto!...  
¿Hablas?...  
MAT. No... nunca... jamás!  
RIC. Infame! (Se dirige á coger una silla.)

#### ESCENA XIV.

DICHOS, JULIA, D. ANSELMO y ROMAN, que salen á un mismo tiempo, la primera por la segunda puerta izquierda y los segundos por el foro. Julia corre á interponerse entre Ricardo y Matilde; D. Anselmo cubre con su cuerpo á ésta, y D. Roman sin atreverse á bajar queda en el centro. Procúrese gran rapidez en toda esta escena para mejor efecto del cuadro.

JULIA. Cielo divino!  
MAT. Jesus!... (Vacilando.)  
ANS. Atrás, asesino! (Saliendo.)  
RIC. (Á Julia.) Aparta!  
ANS. ¡Villano... atrás!  
(La voz de D. Anselmo suspende á Ricardo.)  
RIC. El infierno me abortó...  
ANS. Para el delito sin duda!  
RIC. Señor... (Exaltado.)  
ANS. Mi pecho la escuda!  
¡Hiere si te atreves! (Con acento terrible.)  
RIC. (Dejando caer la silla.) ¡Oh!...  
(Julia permanece siempre junto á Ricardo. Matilde desvanecida en brazos de D. Anselmo, y Roman en el centro, segundo término. Ricardo se cubre el rostro con las manos. Cuadro. Telen rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



---

---

## ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

ROMAN.

Todo en silencio ha quedado  
despues de la tempestad.  
Es notable en alto grado  
que el marido haya intentado  
tamaña barbaridad.  
En esta casa há tres meses  
la paz del infierno habita:  
Ricardo con sus entreses  
va aumentando los ingleses,  
y rabia, pateca y grita.  
Lo echaron de la oficina  
por ser bastante gandul.  
Eso... me dió mala espina.  
¿Tendrá alguna concubina?  
¿Imitará á Barba Azul?!!  
Deshonró á la pobre Angélica,  
que se murió de pesar  
yéndose á la mansion célica,  
y hoy su actitud maquiavélica

quiso á Matilde matar.  
No hay duda, como Tropmán  
se dedica al esterminio.  
Debes guardarte, Roman,  
que aquí se baila un can-cán  
que no lo bailaba *Plinio*.  
Las bromas de ese hotentote  
no son un grano de anís,  
y es preciso estar á flote.  
Si me suelta un capirote  
pone mi vida en un tris.  
Dios quiera que en su cerebro  
la manía no se estanque  
de echarme á mí algun requiebro:  
si lo hace... le doy el quiebro  
y evito su fiero arranque.  
Á usanza de Robespier,  
Ricardo, el país gobiernas  
sin que te puedas valer:  
pero á mí... no puede ser,  
que al buen andar llevan piernas.  
Bueno será que repares  
si de apretar te acomete  
el deseo... los hijares,  
que desde aquí al Manzanares  
te doy cinco para siete.  
Conque, no seas cerril...  
y reprime tu coraje.  
Mira que soy muy sutil,  
y no paro hasta el Brasil  
si emprendes conmigo el viaje.  
Pero mi Julia preciosa  
sale de la habitacion  
de esa desdichada esposa:  
no hay duda, está deseosa  
de encontrar á ese Neron.  
Y no concibo en verdad  
que yo con mis veinte abriles  
aspire con ceguedad  
á obtener para mitad  
un fiero aborto de Aquiles.  
Pero Cupido su venda

colocó en los ojos míos,  
y ya es difícil la enmienda.  
Vamos á trazar la senda  
de dar fin á sus desvíos.

## ESCENA II.

ROMAN y JULIA.

JULIA. Roman?...

ROMAN.

¡Hermosa azucena,

cuya pureza enamora.

Astro divino, que adora

la noche dulce y serena.

Disco que al sol refulgente

atrae en perpétuo imán.

Concha preciosa do están

todas las perlas de Oriente.

Estrella cuyo fulgor

los corazones traspasa:

dígame si en esta casa

me espera un poco de amor!

JULIA.

Cuando esa blanca azucena

reciba el fresco rocío

de las mañanas de estío

sin amargura y sin pena.

Cuando ese precioso disco

se torne en un girasol,

y auroras con su arrebol

le formen un obelisco.

Cuando esa concha preciosa

tenga magnificas perlas,

y usted se baje á cogerlas

con actitud valerosa.

Cuando esa estrella brillante

se halle en un tranquilo cielo,

y don Roman, desde el suelo,

con su fulgor no se espante.

Cuando ese mismo fulgor

nuestro corazon gradúe,

y la dicha perpetúe...

ROMAN.

¿Me amaré usted?...

- JULIA. Si señor.  
(Transición rápida.)  
Pero en tanto, vaya usted  
á casa del boticario.  
Un calmante es necesario.
- ROMAN. Pero...
- JULIA. Me hará gran merced.
- ROMAN. Pero, Julia, cómo quiere  
que mande yo preparar...
- JULIA. Jarabe, láudano, azahar...
- ROMAN. Pero...
- JULIA. Fuere lo que fuere,  
no vacile usted.
- ROMAN. Julita!...
- JULIA. Vaya sin perder momento.
- ROMAN. Pero...
- JULIA. Si ese es su elemento.  
¡Pronto, que se necesita!
- ROMAN. Bien, correré... volaré...  
iré á ver al herbolario.
- JULIA. No señor... al boticario.
- ROMAN. Con él aquí volveré.
- JULIA. ¿Con el boticario?
- ROMAN. No:  
con el calmante, se entiende.
- JULIA. De eso Matilde depende.
- ROMAN. ¿Me amará usted?...
- JULIA. Qué sé yo!...  
¡Vaya, que corre peligro!
- ROMAN. Pues bueno; caiga el que caiga.  
En cuanto el calmante traiga...
- JULIA. ¿Qué va usted á hacer?...
- ROMAN. Emigro!
- JULIA. Y á dónde irá usted?...
- ROMAN. Á Stambúl.
- JULIA. Busque el viaje primero.
- ROMAN. Si no me alcanza el dinero ..  
me meteré en el bahul!... (Váse.)

### ESCENA III.

JULIA, sola.

Por fin encontré el pretexto  
de alejarle un solo instante.  
Muchas veces un amante  
sin comprenderlo es molesto.  
Un asunto de interés  
que se va á tratar supongo,  
y que aquí estén me propongo  
solos, solitos los tres.  
Conque así, señor Roman,  
no gaste usted tanta flemma;  
si es mala mi estratagema,  
donde las toman las dan.

### ESCENA IV.

JULIA, RICARDO, por la segunda puerta derecha.

RIC. Julia, suplica á mi tio  
que venga un momento aquí.  
JULIA. ¿Diré que lo aguardas?  
RIC. Sí.  
JULIA. (Este va á armar otro lio.)  
(Váse por la segunda puerta de la izquierda.)

### ESCENA V.

RICARDO.

¡Qué horrible es en el mundo  
vivir de un ser al lado,  
celoso hasta del aire  
que alienta su existir!  
De angustia... hasta del pecho  
saltar el alma quiere.  
Para vivir sin dicha  
y amar sin ser amado;  
para vivir sufriendo...

valdria más morir!  
Envuelto en las tinieblas  
de tenebrosa noche,  
ni el bálsamo del sueño  
me viene á consolar.  
Si aparto mis ideas  
para olvidar su imágen,  
la tétrica amargura,  
con su cerrado broche,  
la imágen de su imágen  
me vuelve á dibujar...  
Mañana... para siempre  
me aparto de su lado,  
do lllore eternamente  
mi desdichado amor.  
Si acaso la vergüenza...  
la pena... me matara,  
consagra á la memoria  
del pobre desterrado...  
un misero recuerdo...  
un signo de dolor.

## ESCENA VI.

RICARDO, D. ANSELMO, por la segunda puerta izquierda.

- ANS. Aquí me tiene usted ya.  
Me han dicho que usted me busca.
- RIC. Que así lo hiciera há un instante  
supliqué á mi hermana Julia.
- ANS. Pues bien, ya solos estamos;  
puede decir lo que ocurra.
- RIC. Antes, señor don Anselmo,  
que acepte usted mis disculpas,  
bueno será que á la calma  
por un momento recurra.
- ANS. Debo advertir, caballero,  
que su furor no me asusta,  
y que de usted no he pensado  
sufrir la menor injuria.
- RIC. Si me habla usted de ese modo..
- ANS. Jamás mis labios adulan.

He dicho que no le temo  
ni podré temerle nunca.  
Si ha encontrado en mí hasta ahora  
cariño y franqueza suma,  
desde hoy seré el anatema  
que le persiga y confunda.

Ric. Don Anselmo...

ANS. Miserable!

Ponga usted sus manos rudas  
sobre el rostro de este anciano  
si se atreve por fortuna.

Ric. Ah! sepa usted...

ANS. Lo sé todo:

conozco bien su conducta.

No imagine usted qué ignoro

sus fechorias inmundas,

ni que desconozco todo

le que de usted se murmura.

Sé bien que de la oficina

lo han echado por su culpa,

y en la dirección dió pávulo

á diversas conjeturas.

Que entre el desórden y el vicio

desenfrenado pulula,

y que las noches se pasa

entre jugadoras turbas.

Cual si no fuera bastante

que entre el vicio se confunda,

contra una débil esposa

provoca cobarde lucha.

Y, en fin, para más vergüenza

del que de su honor abjura,

procede... cual asesino

que airado el puñal desnuda.

Eso es infame, es... infucio;

y el mundo lo conceptúa

digno de un ladron cobarde

que roba, mata y se oculta.

Ric. Es cierto que he procedido

con extremada locura;

pero tambien, don Anselmo,

sus palabras me calumnian.

- ANS. Qué dice usted?
- RIC. Que la cólera  
en este instante le ofusca.
- ANS. Cómo, ¿podrá desmentirme  
lo que he visto?...
- RIC. Se acumulan  
tantos y tantos sucesos,  
y tantas ideas juntas,  
que cual criminal é infame  
hoy todos aquí me juzgan.  
Detesto el crimen y adoro  
á mi mujer con locura;  
pero ella... ¡Dios mio!... ella...  
traidora, pérfida, impura,  
infiltró en el pecho mio  
el aguijon que me punza  
de los celos que causaron  
nuestra negra desventura.
- AAS. Ricardo, tenga usted en cuenta  
que no acepto conjeturas,  
y que su lenguaje infama  
á un ángel que al bien le impulsa.  
Explique usted las palabras  
que ha dicho.
- RIC. Cuando descubra  
el secreto que me mata  
y que mis sentidos turba,  
la opinion que de mí tiene  
rectificará sin duda.
- ANS. Hable usted.
- RIC. Salga del pecho  
un secreto que me abruma,  
por el cual vivo muriendo  
y cavo mi propia tumba.  
Ya sabe usted, don Anselmo,  
que hicieron Matilde y Julia  
á poco de nuestro enlace  
un viaje á Borja y la Alcedia.
- ANS. Sí señor, por aquel tiempo  
se encontraba doña Justa  
de peligro enferma, y fueron  
Matilde y su hermana juntas

- á pagarle á la abuelita  
sus cariños con usura.
- Ric. Pues bien, durante su ausencia  
de quince semanas justas,  
el baron de Casa-Blanca  
tambien se hallaba en la Alcudia.
- Ans. ¿Y qué?...
- Ric. Que como en un tiempo  
aspiró á la mano suya  
y él la adoraba...
- Ans. Ricardo!...
- Ric. ¿Qué es lo que usted conceptua?  
Lo que es verdad, don Anselmo;  
y en mi garganta se anudan  
las palabras de un delito  
que nuestra existencia enluta.
- Ans. Acabe usted.
- Ric. Á su regreso  
y con maliciosa astucia,  
buscaba frecuentemente  
mil encontradas excusas...
- Ans. ¿Para qué?...
- Ric. Para ausentarse  
de casa.
- Ans. No me confunda  
usted. Explíquese pronto.
- Ric. Voy á explicarme.
- Ans. Concluya.
- Ric. ¿Á dónde iba?  
Los celos  
me hicieron esa pregunta,  
y yo para contestarles  
seguí á Matilde.
- Ans. ¿Y en suma...
- Ric. Iba siempre á un sotabanco  
de la calle de la Luna.
- Ans. Y bien?...
- Ric. Entró en una casa  
de modesta arquitectura  
en donde su permanencia  
no fué sin embargo mucha.  
Apenas salió Matilde,

sin vacilacion ninguna  
subí, y pregunté quién era  
aquella dama. ¡Repugna  
pensar lo que me dijeron!  
¿Qué fué?

ANS.

RIC.

Una jóven de Asturias  
que allí habitaba, creyéndome  
un buscador de aventuras,  
dijo que aquella señora  
era la inquilina única  
del sotabanco, y mostróme  
entre aturdida y confusa  
un objeto... que...

ANS.

RIC.

ANS.

RIC.

Prosigue!  
La pena mi acento trunca!  
Prosigue, Ricardo... acaba!  
¿Qué dijo?...

Que era viuda...  
y que era madre del niño  
que dormía en una cuna!  
Cielos!... ¿y el niño?

ANS.

RIC.

Allí estaba...  
Lo contemplé con angustia...  
con ira... y aun con espanto,  
pues despertaba una lucha  
de encontrados sentimientos  
que el gérmen del mal me inculcan.  
Salí de allí suplicando  
á aquella mujer, que nunca  
refriese á la señora  
mi visita inoportuna.  
La dí un poco de dinero...  
y usted lo demas calcula.  
De entónces soy desgraciado,  
De entónces el alma busca  
sentimientos que la engañen  
y ruidos que la aturdan.  
Dígame usted si hay motivo  
para que excite mi furia  
cuando cubiertos y alhajas  
lleva á las casas de usura.  
Cuando que trabaja veo

noche y día en la costura.  
Cuando el collar de esmeraldas  
vende por mezpuina suma,  
y todo ese hijo del crimen  
lo ocasiona y lo disfruta!... (Pequeña pausa.)

ANS. Tienes razon: te disculpo.  
Diversas ideas cruzan  
por mi mente en este instante  
cuya rapidez me ofusca.

RIC. Puesto que me compadece  
y á mi remedio coadyuva:  
puesto que el sol de mi dicha  
se ha trocado en noche oscura,  
y que en mi pecho no queda  
de amor esperanza alguna,  
confio en ese destino  
para la isla de Cuba.

ANS. Cuenta con él. Mas primero  
aclarar quiero mis dudas  
interrogando á Matilde  
con meditada cordura.

RIC. Ella viene. Don Anselmo...  
mañana parto. (Váse puerta derecha.)

ANS. Descuida.

## ESCENA VII.

D. ANSELMO.

ANS. ¡Honor... virtud... sentimiento!...  
¿dónde en el mundo se encuentra?  
¡Pobre Ricardo!... Te juro  
que mitigaré tus penas!

## ESCENA VIII.

D. ANSELMO, MATILDE.

MAT. Tio... ¿qué ha dicho Ricardo  
de aquella pasada escena?

ANS. Le ha reñido usted bastante?  
Ricardo exhala sus quejas,

- pues sabe que es desgraciado  
pagando culpas ajenas.
- MAT. ¿Culpas ajenas?... ¡Qué escucho!  
cuéntemelas con presteza.
- ANS. Qué te las cuente? (Asombrándose.)
- MAT. Al instante.  
Si usted lo que sufro viera!  
Amo con ciega locura  
al hombre que me desprecia,  
y cada día que pasa  
más mi pasión se acrecienta.
- ANS. Pues es extraño.
- MAT. No... tío,  
no demuestre usted extrañeza  
sabiendo que en mi alma pura  
solo virtudes se albergan.
- ANS. ¿Qué dices, desventurada!  
¿Hay pureza en tu conciencia?
- MAT. ¡Tanta... cuanta hay en los cálices  
de las flores de la selva!
- ANS. Algunas guardan traidoras  
del veneno las esencias,  
y matan con su hermosura  
al que se atreve á cogerlas.
- MAT. Pues bien; yo soy de esas flores  
que sin parecer muy bellas,  
lanzan amantes suspiros  
al aire que las refresca.  
Soy flor que al aura embalsama,  
como la pobre violeta  
que respira solamente  
virtud... aun despues de muerta.  
Flor... que el caminante busca  
cuando tiene el alma enferma;  
y que al aspirar su aroma  
remedio eficaz encuentra.  
Flor, en fin, que en los pensiles  
muy raras veces se alberga,  
pues prefiere triste y sola  
crecer entre humilde yerba.  
Que aunque fieros huracanes  
veloces en su carrera

- el tallo arrancar consigan,  
nunca su virtud se llevan.  
Pues si yo soy, tío Anselmo,  
flor tan sencilla y modesta,  
cómo en el alma que aliento  
puede faltar la pureza?
- ANS. Tendrias razon, Matilde,  
si por dicha fuese cierta  
la comparacion que has hecho  
de la flor... y tu pureza.  
La pintura... es muy hermosa,  
mas... la realidad... funesta!
- MAT. ¿Qué dice... que no lo entiendo?
- ANS. ¡Qué inútilmente te esfuerzas  
en cubrir con pardas tocas  
de crespon... una vileza!  
(Ricardo aparece puerta derecha segunda.)
- MAT. ¿Vileza yo?... Tío Anselmo,  
jamás de usted supusiera...
- ANS. Ricardo lo sabe todo.  
Y si es infeliz... si juega,  
es... porque le has engañado.
- MAT. Ricardo miente!
- RIC. (Y lo niega!)
- ANS. Sabe que ocultas un niño!
- MAT. ¡Cielos!... Mi mente no acierta...
- ANS. Fruto del crimen!
- MAT. (Con resolucion.) Es cierto!
- ANS. Miserable!!
- R C. (Bajando) ¡Lo confiesas!

## ESCENA VIII.

DICHOS y RICARDO.

- ANS. ¡Y ese niño... es hijo tuyo!
- MAT. ¡Mio!... ¡Calumnia grosera!  
¡Yo un hijo... un hijo del crimen!...  
¡Yo miserable!... Yo pérfida!...  
(Con expansion.) ¿Quién tan horrible delito  
á imputarme se atreviera  
sin que el cielo le arrojara

su tremebundo anatema?...  
Retíre usted, don Anselmo  
esa engañosa blasfemia!  
Retírela si no quiere  
que aquí me mate la pena!  
Habla, hija mía.

ANS.

RIC.

MAT.

Sí, explícate.

Deje usted que aliento tenga.

Perdona, Dios, si quebranto

el juramento que hiciera

de callar el sacrificio

que mi corazón encierra.

(Pequeña pausa.) Recibi una carta un día

que para Ricardo era,

y acosada por los celos

arranqué el sobre y la neta.

La leí dos... ó tres veces

con lágrimas de vergüenza,

pues era el adiós postrero

de una moribunda lengua.

Enseñársela á Ricardo

era turbar nuestra leda

felicidad, y dispuse

del niño ser madre tierna...

gastando cuanto tenía...

y cuanto adquirir pudiera.

Y esa carta?...

RIC.

MAT.

Aquí, en mi pecho

desde entónces se conserva.

RIC.

MAT.

Pero... ¿qué dice?...

¿Qué?... Escucha...

y compadéceme.

ANS.

(Con resolución y sin grito.) Léela... (Pausa.)

(leyendo.)

MAT.

«Ricardo... el cielo me llama;

»de Dios vuelo á la presencia,

»pues mi atribulado espíritu

»quiere abandonar la tierra.

»Tienes un hijo... que vive

»entre orfandad y pobreza,

»y de cuyo nacimiento

»te oculté la triste nueva

»por no turbar el reposo  
»que á tu matrimonio espera.  
»La casa donde lo dejo  
»te indicará esta tarjeta:

(Embargada por la pena, y con alguna precipitación en el resto de la carta y versos siguientes )

»cuida de él, Ricardo mio...

»y protege su inocencia!

»Muero... pero... te perdono.

»¡Vela por nuestro hijo... vela...

»y... ¡ojalá que con tu esposa

»más afortunado seas,

»de lo que ha sido contigo

»la desventurada: Angélica.»

Ahora Ricardo ¿comprendes  
la causa de mi reserva?

Y usted, tío... ¿no adivina  
el daño que ántes me hiciera?...!

¡Hija del alma!

ANS.

RIC.

MAT.

Perdóname!

Yo te perdono de veras,  
que violeta he sido siempre  
de saludables esencias.

RIC.

MAT.

Matilde!...

Ricardo! (Abrazándole.)

## ESCENA IX.

DICHOS y JULIA.

JULIA.

MAT.

JULIA.

ANS.

JULIA.

Bravo!

Veros así me enagena!

¡Ay... Julia... que hace tres meses  
que no le abrazaba!...

Aprieta!

Aprieta fuerte, Matilde!

Desquitate de la deuda.

(Suspirando.) Yo tambien me desquitara  
si hacerlo cual tú pudieras!...

## ESCENA X.

LOS MISMOS ROMAN.

Roman baja á ocupar el extremo de la izquierda. Julia á su lado. Sigue despues D. Anselmo, Matilde y Ricardo.

ROMAN. Aquí está el calmante. ¡Cielos!  
qué transformacion es esa?...

JULIA. Eso, Roman, es la dicha.

ROMAN. Pues yo la hallaré en América.  
¡Abur! (Yendo hácia el foro.)

ANS. Te vas?...

ROMAN. Voy al Congo  
huyendo de las Lucrecias.

JULIA. ¿Qué Lucrecias?...

ROMAN. De las Borgias  
que enamoran y envenenan.  
Adios!... (Id.)

JULIA. Si te amo... y me caso  
mañana mismo.

ROMAN. De veras?...

JULIA. De veras!... ¿Verdad, Ricardo?...

RIC. Sí mi Matilde lo aprueba...

MAT. Yo... sí!...

ROMAN. ¡Gran Dios! ¿será un sueño?

JULIA. No, Romancito... no sueñas,  
que ha despertado mi envidia  
el bien que á Matilde espera.

ROMAN. ¡Ay!... pues tomaré el calmante  
para aliviar mi sorpresa.

(Al mismo tiempo toma la mano de Julia, y apura  
la bebida que contiene el vaso.)

RIC. Muerta la luna de miel,  
enagenaste con pena  
ese precioso joyel,  
y hoy te devuelvo con él  
la venturosa cadena.

MAT. Yo lo pondré en un altar  
do se ostenten las guirnaldas

de mi virtud ejemplar;  
pues prefiero este collar (Abrazándole.)  
á tu collar de esmeraldas

FIN DEL DRAMA.



## DOS PALABRAS

Á LOS ARTISTAS QUE ESTRENARON LA OBRA.

Yo os presenté un COLLAR, en cuyas ESME-  
RALDAS abundaban los jardines, por consiguien-  
te la joya era de escaso valor. Vosotros le am-  
parásteis: lo habeis ofrecido al público como si  
fuese de esquisita pedrería, y el público lo ha  
pagado á buen precio, prodigando á todos nu-  
merosos aplausos. El ser llamados dos veces á  
escena, dice mucho en favor vuestro; y al obli-  
garme á salir con vosotros para participar de  
esos aplausos, ofrecí consignar estas palabras:  
*El éxito os pertenece. La satisfaccion es mia.*

EL AUTOR.



# PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

## PROVINCIAS.

Albacete.  
 Alcalá de Henares.  
 Alcoy.  
 Algeciras.  
 Alicante.  
 Almagro  
 Almería.  
 Andújar.  
 Antequera.  
 Aranjuez.  
 Avilaj.  
 Avilés.  
 Badajoz.  
 Baeza.  
 Barbastro  
 Barcelona.  
 Bejar.  
 Bilbao.  
 Búrgos.  
 Cabras.  
 Cáceres.  
 Cádiz.  
 Calatayud.  
 Canarias.  
 Carmona.  
 Carolina.  
 Cartagena.  
 Castellon.  
 Castrowdiales.  
 Cesta.  
 Ciudad-Real.  
 Córdoba.  
 Coruña.  
 Cuenca.  
 Ecija.  
 Ferro.  
 Figueras.  
 Gerona.  
 Gijon.  
 Granada.  
 Guadalupe.  
 Habana.  
 Haro.  
 Huelva.  
 Huesca.  
 Irun.  
 Látiva.  
 Laredo.  
 Lérida.  
 Linares.  
 Logroño  
 Lorca

S. Ruiz.  
 Z. Bermejo.  
 J. Marti.  
 R. Muro.  
 J. Gossart.  
 A. Vicente Perez.  
 M. Alvarez.  
 D. Caracuel.  
 I. A. de Palma.  
 D. Santisteban.  
 S. Lopez.  
 M. Roman Alvarez.  
 F. Coronado.  
 J. R. Segura.  
 G. Corrales.  
 A. Saavedra, Viuda de  
 Bartumeus y I. Cerdá.  
 J. Teixidor.  
 E. Delmas.  
 T. Arnaiz y A. Hervias.  
 R. Montoya.  
 H. E. Perez.  
 V. Morillas y Compañia.  
 F. Molina.  
 F. Maria Poggi, de Santa  
 Cruz de Tenerife.  
 J. M. Egulluz.  
 E. Torres.  
 J. Pedreno.  
 J. M. de Soto.  
 L. Ocharán.  
 M. Garcia de la Torre.  
 P. Acosta.  
 M. Muñoz, F. Lozano y  
 M. Garcia Lovera.  
 J. Lago.  
 M. Mariana.  
 J. Giuli.  
 N. Taxonera.  
 M. Alegre.  
 F. Dorca.  
 Crespo y Cruz.  
 J. M. Fue nsalida y Viuda  
 é Hijos de Zamora.  
 R. Oñana.  
 M. Lopez y Compañia.  
 P. Quintanna.  
 J. P. Osorio.  
 R. Guillen.  
 R. Martinez.  
 J. Perez Fluijá.  
 F. Alvarez dex Sevilla.  
 J. Uruja.  
 Miron Hermano.  
 J. Sol é hijo.  
 J. M. Caro.  
 P. Brieba.  
 A. Gomez.

Lucena.  
 Lugo.  
 Mahon.  
 Malaga.  
 Manila (Filipinas).  
 Mataro.  
 Mondoñedo.  
 Montilla.  
 Murcia.  
 Ocaña.  
 Orense.  
 Orihuela.  
 Osuna.  
 Oviedo.  
 Palencia.  
 Palma de Mallorca.  
 Pamplona.  
 Pontevedra.  
 Priego (Córdoba).  
 Puerto de Sta. Maria.  
 Puerto-Rico  
 Requena.  
 Reus.  
 Riosco.  
 Ronda.  
 Salananca.  
 San Fernando.  
 S. Ildesonso (La Granja)  
 Sanlúcar.  
 San Sebastian.  
 S. Lorenzo. (Escorial).  
 Santander.  
 Santiago.  
 Segovia.  
 Sevilla.  
 Sorja.  
 Talavera de la Reina.  
 Tarazona de Aragon.  
 Tarragona.  
 Teruel.  
 Toledo.  
 Toro.  
 Trujillo.  
 Tudela.  
 Tux.  
 Ubeda.  
 Valencia.  
 Valladolid.  
 Vich.  
 Vigo.  
 Villanueva y Geltrú.  
 Vitoria.  
 Zafra.  
 Zamora.  
 Zaragoza.  
 J. B. Cabezas.  
 Viuda de Pujol  
 P. Vinent.  
 J. G. Taboadela y P. d.  
 Moya.  
 A. Olona.  
 N. Clavell.  
 Viuda de Belgado.  
 D. Santolalla.  
 T. Guerra y Herederos  
 de Andrión.  
 V. Calvillo.  
 J. Ramon Perez.  
 J. Martinez Alvarez.  
 V. Montero.  
 J. Martinez.  
 Hijos de Gutierrez.  
 P. J. Gelabert.  
 J. Rios Barrena.  
 J. Buceta Solla y Comp.  
 J. de la Gámara.  
 J. Valderrama.  
 J. Mestre, de Mayagüez  
 C. Garcia.  
 J. Prius.  
 M. Prádanos.  
 Viuda de Gutierrez,  
 R. Huebra.  
 J. Gay.  
 J. Aldete.  
 I. de Oña.  
 A. Garralda  
 S. Herrero.  
 C. Medina y F. Hernandez.  
 B. Escribano.  
 L. M. Salcedo.  
 F. Alvarez y Comp.  
 F. Perez Rioja.  
 A. Sanchez de Castro.  
 P. Veraton.  
 V. Font.  
 F. Baquedano.  
 J. Hernandez.  
 L. Poblacion.  
 A. Herranz.  
 M. Izalzu.  
 M. Martinez de la Cruz  
 T. Perez.  
 I. Garcia, F. Navarro y J.  
 Mariana y Sanz.  
 D. Jover y H. de Rodrigz  
 Soler, Hermanos.  
 M. Fernandez Dios.  
 L. Creus.  
 J. Oquendo.  
 A. Oguet.  
 V. Fuertes.  
 L. Ducassi, J. Comin y  
 Comp. y V. de Heredia.

## MADRID.

Librerías de la VIUDA é HIJOS DE CUESTA, y de MOYA y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Principe.

